



El guardián. Fotografía de Miguel Murillo (fragmento).

Cuento

Puede no ser tu recuerdo. Éste es el mío

María Soledad del Solar Esponda
Socióloga chilena

No había nada en su recuerdo que quisiera cambiar. Lo conoció en el fragor de las elecciones políticas del Chile de los años noventa. Aún hoy se pregunta en qué era distinto de su novio: los dos eran del mismo signo político y eso ya era decir bastante, pero uno era chascón; así se les denominaba a los más progresistas del partido. El otro, en cambio, era ¡tan conservador!, tan lleno de discursos de moralidad como el profesor de religión que era...

Ella no estaba muy interesada en la política; lo suyo era la emoción del retorno a la democracia, poder sentirse parte de la historia, esa emoción mezclada con el calor de saberse deseada.

Inadecuadamente.

Incorrectamente.

Era divertido; ella intuía que lo iba a pasar bien con él cuando funcionó la máquina política: el chascón consiguió coincidir con ella en un viaje al sur del país, a Puerto Montt. Tenían una agenda apretada de dos días, con reuniones de preparación de las elecciones, después de los cuales ella se reuniría con su novio, en Temuco, para un fin de semana juntos.

Ella se subió al bus deseándolo y sabía que él igual. Ahora piensa en tanta vuelta que le dio al asunto hasta que él, en su adorable modo de ser, la tomó y se besaron e hicieron el amor y ella cantó



con él —a todo pulmón— por las calles de provincia, esas canciones de protesta del grupo chileno Congreso.

Pero todo tiene un fin y ella volvió a la realidad, a juntarse con su novio para un fin de semana en Temuco... pero ya nada fue lo mismo. Y él lo notó y le preguntó y ella negó que pasara algo, y lo negó tantas veces que hasta se convenció que no había sido nada. Pero tanto va el cántaro al agua...

Su novio nunca olvidó esa sensación de lejanía con que ella llegó de su viaje y, días después, volvió a preguntar. Ella lo pensó. Mientras él iba al baño, ella lo pensó y —consciente que esa confesión le costaría la relación— lo dijo.

— Nos amamos sin pensar...

Y la furia en sus ojos y la decepción, las palabras duras, le dolieron... pero fue el plato frío de la venganza el que quedó rondándole en la boca: a esas alturas, el recuerdo de esos días en Puerto Montt, eran la certeza de su propia libertad.

Pasaron los años y los años. Otra vida. Otra historia y, de cuando en vez, la canción vuelve a sonar en su cabeza.

Una noche cercana suena el teléfono y así, sin aviso alguno, él está de vuelta a su vida. Ella recuerda que primero es libre y luego vuelve a susurrar la canción con más ganas de gritarla que aquella mágica primera vez.

Sucede que me estoy quedando triste
sucede que me canso de reír
nada nuevo veo en las mañanas
ni en tus ojos de ayer, ni en tus ojos de ayer...

Y sigo caminando calendarios
sigo dando vuelta en un reloj
todo se termina en un suspiro
y huye alado el eco de la voz.

Y vuelta y vuelta
planetas y estrellas
y vuelta y vuelta
planetas y estrellas... (Congreso, 1975)